

perial, no hay mas que un medio, y es hacerle á él mismo gobierno en una medida cualquiera; y cuando tendrá en la mano el gobernalle de los pueblos, cuando él será tambien poder, administrativo, legislativo ó ejecutivo, gobierno en fin, entónces hallará que el gobierno tiene algo de bueno, por la soberana razon de que este gobierno es él mismo. Fuera de esto, no veréis en él sino un malcontento, un enemigo, un revoltoso.

Así ya lo veis, en todas partes y en todas cosas el Egoismo se manifiesta lo que hemos dicho que era, un perturbador universal: él es la causa primera de todo desórden, y el primer gérmen de toda decadencia en los hombres, en las familias y en las sociedades. El Egoismo, ¿con qué lo compararé, Señores, para pintároslo con sus verdaderos colores y hacéroslo odiar? El Egoismo es como la araña, que saca de sus entrañas su tela artísticamente dispuesta para coger á su paso el insecto metido en el estrecho desfiladero, donde tiende para prenderlo sus tejidos pérfidos y sus brazos asesinos. El Egoismo es como el tigre que vive de lo que agarra, y que no sale de su guarida sino para traer allí su presa y devorarla él solo. El Egoismo, ¡ah! nada lo pinta mejor que aquel monstruo de que hablan los poetas, monstruo informe y horrendo de ver, que con sus manos de gigante cogia los hombres vivos, y llevándoselos á su caverna molia sus huesos y devoraba sus carnes para hacerse con ellas un festin solitario en aquella obscuridad.

¡El Egoismo! ¡ah! yo no puedo pintároslo; pero quisiera haceros comprender cuánto lo detesto. El odio yo creia no conocerlo; pero he quedado sorprendido al ver que llevaba en el corazon este odio, el único que yo conozco, el odio al Egoismo: él es, no tengo empacho en decirlo, *el único objeto de mis resentimientos*. Yo no sé de dónde me viene este sentimiento que se apodera de mí; pero por el movimiento que subleva mi corazon é invade toda mi alma, reconozco que á este mal del Egoismo le tengo un odio indecible. Y porque para todo odio es una necesidad aniquilar lo que él persigue, ¡ah! yo quisiera, armado de la espada del amor, poder ir por todas partes á exterminar ese enemigo horroroso del linaje humano. Yo le veo como todo lo marchita, deshonor y degrada, la ciencia, la literatura, el arte, la industria, la economía, la política y hasta la religion; ya le veo, monstruo

ávido y cruel, que halla una dicha en todas las miserias y un tesoro en todos los empobrecimientos; yo le veo que se embriaga de las lágrimas de los infelices, y bebe en copas de oro la sangre de sus víctimas. Y así como los santos en otro tiempo, conmovidos por los lamentos lejanos de la cristiandad cautiva y víctima de la barbaridad, gritaban con todas sus fuerzas: *¡Al socorro, al socorro de los cristianos!*; así tambien yo, oyendo cerca de mí y al rededor de mí á la cristiandad, víctima de otra brutalidad y de otra barbaridad, la brutalidad y la barbaridad del Egoismo, siento mi alma que se indigna y mis entrañas que se conmueven al ruido de estos gemidos fraternales que vienen á herir mi corazon. Y á vosotros que habeis conservado el odio generoso de nuestros mayores contra toda barbaridad, sea el que fuere el nombre que lleve y el vestido con que se cubra, á vosotros necesito gritar: *¡Marchemos juntos á destruir á ese bárbaro que detiene el progreso del mundo y tiene cautivos á nuestros hermanos; marchemos á una á la destruccion del Egoismo!*

Pero ¿quién tendrá poder suficiente para vencer al Egoismo? Ahí está la gran cuestion, y á decir verdad, la cuestion central del asunto de que estoy tratando. ¿Dónde está la filosofia humana que tiene un secreto para matar al Egoismo? ¿Dónde están los sabios que se sienten bastante fuertes para medir lanzas con ese enemigo, vencerle y aniquilarle? ¡O sabios del mundo! yo estoy escuchando la leccion de vuestra sabiduría humana; y al paso que tengo lástima de vuestra incapacidad, compadezco el triste estado de esta humanidad á quien vosotros no podeis socorrer.

Vosotros decis: Es preciso vencer al Egoismo: la razon lo pide, porque el órden lo exige. ¿Quién me probará, dice el Egoismo, que yo debo sacrificar mi fortuna particular á la armonía general? — Tu fortuna misma depende de esta armonía, dice la Sabiduría humana. — Será posible, responde el Egoismo; pero en la cuestion de mi fortuna, ¿qué otro juez mas competente y mas infalible que yo mismo? — Es necesaria, dice la Sabiduría, la moderacion en todo, hasta en la fruicion. — Pero, dice el Egoismo, la moderacion es incompatible con mi naturaleza; yo soy un ente inmoderado por esencia, y mi medida en el gozar es gozar sin medida. Vuestra moderacion filosófica no ha impedido el sensualismo de Epicuro, ni impide hasta ahora el sensua-

lismo de los sabios que me dan estas lecciones sublimes; y ¿vosotros me pedis á mí que modere mis deseos y sacrifique mi interes á esa divinidad á la que llamais fastuosamente armonía universal? — Si tú no quieres servir mas que á tu interes, consiento en ello, dice la Sabiduría humana; pero á lo ménos es preciso que sea tu interes bien entendido. — ¿Qué quiere decir mi interes bien entendido? ¿y pretendéis vosotros, ó grandes hombres, entender mi interes mejor que yo mismo? Si mi interes bien entendido fuese sentarme con vosotros al banquete de vuestra riqueza; si mi interes bien entendido fuera echaros de vuestra casa y de vuestras academias, ¿estariais dispuestos, ó filósofos, á entender bien conmigo mi interes, y si conviniera á mi fortuna, sacrificar la vuestra? — De ninguna manera, responden esos hombres demasiado sabios para seguir hasta el fin los consejos de su sabiduría: el interes bien entendido será siempre poner la virtud sobre la riqueza, y el orden moral sobre el orden material. Lo útil tiene grados jerárquicos: hay lo útil del cuerpo y lo útil del alma; hay lo útil inferior y lo útil superior. — Como quiera, replica el Egoismo (mas consecuente aquí que la filosofía), lo útil es la sola regla soberana, lo útil es el único rey del mundo: él es el que dirige, él es el que juzga, él es el que gobierna, él es el que lo decide todo; él es el que debe medir sus fuerzas conmigo para vencerme, derribarme, y en todo y por todo sustituirse á mí. Pues bien, yo os lo declaro, ó sabios de la tierra: yo he hecho mis pruebas, y soy mas fuerte que lo útil; y en esta batalla secular en la que luchamos seis mil años hace cuerpo á cuerpo, yo hé quedado siempre dueño del campo; y la filosofía que da lo útil por mi vencedor, no hace mas que exaltarme con sus derrotas y coronarme con sus manos.

En efecto, Señores, en esto hemos visto, aun en nuestros dias, que ha venido á parar la filosofía impotente para triunfar del Egoismo. No pudiendo vencerle, ha tomado el partido de glorificarle; no pudiendo destruirle, se ha visto reducida á legitimarle; y no atreviéndose ya á denigrarle, se ha puesto á santificarle, y como acabo de decirlo, á coronarle: *Mentita est iniquitas sibi*. Allí han ido á parar los predicadores fanáticos de la fraternidad, en la santificacion, en la glorificacion y casi podria decir en la apoteosis del Egoismo.

Pero pasemos adelante, y no pidamos á la sabiduría humana lo que

ella no puede dar: dejémosla que con sus doctrinas, que se quieren llamar fraternales, santifique el Egoismo que da la muerte á toda fraternidad; dejémosla que con sus manos que llaman evangélicas, corone al Egoismo proscrito por el Evangelio. Nosotros, despues de haber proclamado su ignominia y pegado á su frente estigmas de oprobio, acudirémos al Dios del amor que es el único capaz de vencerlo en el fondo del corazon humano. Retiráos, filósofos; dejad pasar á Jesucristo: solo él es el Dios del progreso, porque solo él es el vencedor del Egoismo.

## II.

¿De qué proviene principalmente la impotencia de las filosofías humanas para destruir en la humanidad este obstáculo central al progreso humano? Yo podria responder: Del error que ordinariamente contienen estas filosofías; y á nadie pertenece si no es á la verdad el exterminar el Egoismo é inaugurar en la humanidad el reinado del amor. Pero hay de esta impotencia una razon mas radical todavía y mas aceptable de todos; y es, que una doctrina como simple doctrina, aunque fuese la mejor, no puede dar la fuerza de vencer el Egoismo. Una doctrina, suponiendo que es verdadera, no es mas que una luz, y nunca es un movimiento: es una antorcha que muestra adonde debe marchar la vida, pero no es un poder que arrastre la vida y se la lleve en su camino. Si esto es así, para vencer el Egoismo en el hombre se necesita mas que una luz, es preciso un movimiento, y un movimiento contradictorio al del Egoismo. El Egoismo es el movimiento de la vida que vuelve sobre sí misma, de la vida que se retira y se recoge en su centro particular para de allí atraerlo todo. Para vencerlo pues se necesita el movimiento de la vida que sale de sí misma, de la vida que se derrama afuera, y se da á quien tiene necesidad de este don de ella. Y vosotros no podeis ignorar que esta empresa es de alguna consideracion. Es preciso, si puedo decirlo, sitiarse el Egoismo detras de todos los atrincheramientos que él se hace de dia y noche en el fondo del corazon humano; y para alcanzarlo allí y tomarlo por asalto se necesita tener mas valor todavía y mas abnegacion que los vencedores

de Malakoff; porque es preciso que el hombre mismo, que es ese héroe que debe triunfar y ese Egoismo que se debe vencer, acepte una batalla en la que debe ser á un mismo tiempo vencido y vencedor; es preciso que él consienta á una inmolacion donde se halla el *yo*, bajo el golpe del amor, sacrificador y víctima.

He dicho bajo el golpe del amor, y no lo he dicho sin intento: porque ese enemigo es tal, que verdaderamente no hay sino el amor para vencerlo. El amor es para el Egoismo ese movimiento contradictorio de que acabamos de hablar. El hombre por el Egoismo entra otra vez en sí mismo para darse á sí mismo; el hombre por el amor sale de sí mismo para darse á otro: por el Egoismo el hombre quiere hacerse centro para atraer á sí; por el amor el hombre busca el centro fuera de sí mismo, y tiende hácia aquel centro que le atrae. Así pues, nada es mas cierto, el solo conquistador que pueda tomar por asalto el Egoismo en el fondo del corazon humano, es el amor; pero el amor verdadero, el amor generoso, sin otra fuerza ni otra armadura que él mismo. El amor verdadero; sí, porque hay un amor que no tiene del amor sino el nombre; un amor disfrazado, que debajo de su máscara no es otra cosa que un egoismo disimulado; amor donde el hombre se busca y se encuentra otra vez para gozar todavía de sí mismo en el don que otro le hace; amor cómplice de la concupiscencia, la concupiscencia misma, que con el egoismo produce frutos de corrupcion. Léjos de aquí esos amores que hasta el mundo estigmatiza y deshonor bastante, llamándolos Egoismos que llevan el nombre de amor. Para vencer el Egoismo quiero yo un amor que nada tenga de comun con él; un amor, que sea su enemigo irreconciliable y su antagonista natural; un amor, incompatible con el egoismo como la luz es incompatible con las tinieblas; un amor, que haga desaparecer y huir el Egoismo del corazon humano, de la misma manera que el hielo se derrite y desaparece á los rayos del sol; un amor, cuya llama no pueden apagar todas las aguas de la tribulacion, cuya fuerza no puedan alterar todos los terrores de la muerte; un amor, que sea mas fuerte que el hombre, puesto que en este duelo prodigioso debe el hombre vencerse á sí mismo. En una palabra, para la destruccion del Egoismo en el corazon del hombre se necesita la presencia y la intervencion de un amor divino.

¡O amor de Jesucristo, amor de Dios que reinais en el hombre! tomad vuestra espada y desplegad vuestro poder: *Accingere gladio tuo super femur tuum, potentissime*<sup>1</sup>. Tomad vuestra carrera, avanzad de triunfo en triunfo, y reinad: *Intende, prospere procede, et regna*. Marchad solo en la plenitud de vuestra fuerza, porque Vos no necesitais que os auxilién: vuestra mano derecha basta por sí sola á socorredores; armada de vuestro irresistible poder abrirá ella delante de Vos con maravillosas victorias un camino triunfal: *Deducet te mirabiliter dextera tua*. Vuestras saetas son agudas, vuestras saetas son ardientes, y son las saetas del amor; ellas entrarán hasta el corazon de vuestros enemigos: *Sagittæ tuæ acutæ... in corda inimicorum regis*: allí matarán ellas á ese enemigo de vuestra soberanía, el Egoismo, que es tambien el enemigo de toda humanidad que quiere ir á Vos, y subir con Vos por la via del progreso. Allí, en el fondo del corazon humano, vuestro amor se hará un trono que durará de siglo en siglo: *Sedes tua in sæculum sæculi*; y extendiendo desde allí vuestro cetro soberano, gobernaréis Vos los corazones, arrancados al reinado del Egoismo por la victoria del amor: *Virga directionis, virga regni tui*. Y los pueblos, testigos de este triunfo que los ha salvado para siempre, llenos de emocion al par que de agradecimiento, darán gloria sin cesar al poder de vuestro amor: *Propterea populi confitebuntur tibi in æternum*. Ellos dirán: Cristo vence, Cristo manda, Cristo reina: *Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat*: él ha vencido por el amor, él manda por el amor, él reina por el amor; el progreso puede marchar; la barrera que lo detenia en lo mas profundo del corazon humano, ha caido á los golpes del amor de Jesucristo; el *yo* no existe ya; el Egoismo queda vencido. Y al decirlos, Señores, estas palabras, ¿por ventura os he hecho oír solamente los acentos del profeta? No: os he hecho oír tambien la grande voz de las cosas; y en el cumplimiento de esta maravilla mostrada de antemano á los siglos venideros, la historia ha excedido á la profecía.

Hé aquí en efecto el mas grande milagro que ha obrado el amor de Jesucristo, la destruccion del Egoismo en los corazones, de los que se habia apoderado. Jesucristo habia tenido valor para fundar la restau-

1. Ps. XLIII, v. 4 et seq.

racion del mundo sobre esta palabra nunca oida : *Abnega temetipsum*. Esto era pedir al hombre lo que el hombre solo no podia cumplir, era pedirle el exterminio del Egoismo en sí mismo y juntamente la muerte del *yo*. Pero para obtenerlo contaba con el poder de su amor ; él sabia que su corazon podia vencerlo todo, y que ni aun el Egoismo le resistiria. Esto es lo que ha sucedido : el amor de Jesucristo al tomar posesion de los corazones, ha exterminado el *yo*, ó á lo ménos ha hecho que los santos han hablado y obrado como si este *yo* no existiera mas. Escuchad este amor de Jesucristo atestiguando él mismo su reinado en el fondo del corazon humano, y con este reinado la destruccion del Egoismo vencido. « Yo vivo ; pero no, no soy yo el que vivo, es Jesucristo que vive en mí : *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*. » Nada semejante se habia dicho jamas ; y es imposible que el corazon humano suelte un grito que pruebe mejor la destruccion del *yo* y la muerte del Egoismo en el triunfo del amor de Jesucristo : *Vivo, jam non ego*.... El *yo* no existe mas, no hay mas *yo*, ó si aun existe, está absorbido en el amor que ha tomado posesion de todo. El *yo* no reina mas, el *yo* no gobierna mas, el *yo* no manda mas : *Jam non ego* ; en todo mi sér, para gobernarlo todo, para dirigirlo todo, para atraerlo todo, no hay mas que Jesucristo, Jesucristo todavía, Jesucristo siempre : Jesucristo que es mi impulso, Jesucristo que es mi término, Jesucristo que es mi camino, Jesucristo que es mi vida : *Mihi vivere Christus est* ; Jesucristo todo mi pensamiento, Jesucristo todo mi amor, Jesucristo toda mi voluntad, todo mi poder y toda mi soberanía ; Jesucristo que es todo en todos los cristianos como es todo en mí : *Omnia in omnibus Christus*. ¡Perezca todo mi sér, si hay en mí una fibra que haga vibrar otro nombre que su nombre ; muera toda mi vida, si hay en esta vida un movimiento, cuyo principio, cuyo término y cuya regla no sea Jesucristo ! Perezca mi inteligencia, si tengo un pensamiento contra su pensamiento ; perezca mi corazon, si conserva un afecto que no busque su amor con preferencia á todo otro amor ! Perezcan todas mis potencias, y sea yo condenado á una inmovilidad y á una inaccion eternas, si hago una accion que no sea para su gloria !

Tal es el grito del corazon que ha venido á ser el trono vivo donde Jesucristo hace reinar su amor. En este corazon donde este amor se

ha hecho este imperio absoluto, ¿qué es lo que queda para el *yo* ? Nada. ¿Qué queda para el pensamiento propio ? Nada. ¿Qué queda para el amor de sí mismo ? Nada. ¿Qué queda para la soberanía individual, interesada, personal ? Nada. El *yo* está echado literalmente de todas partes, y de todas partes ha huido el Egoismo para dejar el lugar libre al amor.

Jesucristo reinando en el hombre, sustituye su pensamiento divino al pensamiento humano, produce la fe en el Verbo divino que es él mismo, y el Egoismo de la inteligencia no existe mas. El hombre decia aun ayer, poniéndose orgulloso en el imperio de la ciencia : « Mi idea, mi opinion, mi sistema. » Pero hoy dice : « Yo creo en Jesucristo : mi pensamiento es su pensamiento ; mi palabra es el eco de su voz ; él es la verdad, toda la verdad ; y es el regocijo de mi inteligencia el perderse y desvanecerse en los esplendores del Verbo. »

Jesucristo reinando en el hombre, sustituye su amor divino á todo el amor del corazon humano. El corazon es el foco de las pasiones, y las pasiones son egoistas ; y no salen de sí mismas sino para atraer á sí. Su expansion, aun la mas desinteresada, no es otra cosa que el medio de la atraccion egoista : ellas no dan sino para tener, y aun las mas de las veces toman sin dar nada. Todas estas tendencias egoistas de un corazon que el amor no ha abierto, se resumen en una palabra : gozar ; y para gozar ¿qué hace el corazon ? Se derrama sobre los sentidos y sobre la carne con sus tesoros de afeccion, como un vaso tum-bado vierte sobre la tierra ó ensucia en el fango su licor precioso. Jesucristo cambia todo este movimiento egoista. Él hace subir de nuevo el corazon uniéndolo al suyo, y le da al tocarlo una expansion generosa ; y es el contento de este corazon salir de sí mismo, y hacerse una felicidad de todos estos dones suyos y de todas las efusiones de su vida.

Por fin, Jesucristo reinando en el hombre, sustituye su soberanía divina á la soberanía humana. El hombre bajo la inspiracion del Egoismo tiende de todas maneras á hacerse soberano. Jesucristo vuelve la ambicion humana de arriba abajo ; y arrastrando sobre sus pasos al hombre seducido por su amor, le hace servidor. Él le dice : Mira ; yo Dios, soy esclavo : *Formam servi accipiens* : ¿y tú hombre, temerás servir ? Y el hombre, de soberano que se creia, se hace servidor ; y es el contento, y al mismo tiempo el triunfo de su voluntad

trasfigurada por el amor, abdicar su soberanía egoísta para servir.

Así el Egoísmo es sitiado y preso de todas maneras. El amor de Jesucristo reinando en el hombre realiza en él esta palabra de Fenelon, que puede darse como la más bella fórmula del progreso : *Salir de sí para entrar en lo infinito de Dios*. El hombre abdicando su pensamiento, sale de sí mismo para entrar en lo infinito de la verdad divina. El hombre abdicando su corazón, sale de sí mismo para entrar en lo infinito del amor divino. El hombre abdicando su voluntad, sale de sí mismo para entrar en lo infinito de la soberanía de Dios. El hombre en fin, abdicando toda su vida, perdiéndose enteramente en la vida de Jesucristo, sale de sí mismo para entrar, aun durante la vida, en lo infinito de Dios. El hombre, si así puedo expresarme, está fuera de sí : ya nada le ata á sí mismo por sí mismo. El amor ha cortado una por una, cuando no sea todas juntas, aquellas raíces profundas que retienen cautivas todas las potencias del hombre al rededor del centro egoísta : él ha cortado la raíz del orgullo, y la raíz de la codicia, y la raíz del sensualismo, todas esas raíces de la concupiscencia que sostienen y hacen crecer en la humanidad el árbol del Egoísmo : el árbol ha caído, y con él sus ramas destrozadas y sus frutos pulverizados. Y en su lugar ha sido plantado en el corazón humano otro árbol en la sangre de Jesucristo, el árbol divino del amor, que da los frutos de oro que tanto buscan nuestros deseos, y cuyas ramas siempre nuevas y llenas de una savia que no sabe agotarse, extienden por los espacios y los siglos, no solo los progresos del cristianismo, sino también todos los verdaderos progresos de la humanidad.

En efecto, de la destrucción del Egoísmo por el amor de Jesucristo data en el mundo el verdadero progreso por el cristianismo. Gracias á este triunfo del amor de Jesucristo, yo veo nacer y desenvolverse delante de mí el orden magnífico de nuestros siglos nuevos, saludado por este presentimiento de un poeta profano. Con vuestro permiso repetiré aquí sus palabras que cualquier las creería de un profeta, y en las que se siente pasar como un soplo de Dios :

*Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo!*

Y vosotros no extrañaréis que no cierre todavía delante de vosotros la carrera que este asunto nos ha abierto, puesto que partiendo de este

punto verdaderamente central, veo que todos los progresos cristianos se desenvuelven, por el amor de Jesucristo y la abnegación de sí mismo, en su multiplicidad y en su unidad radiosa. Si; aquí, partiendo del amor de Jesucristo reinando en la humanidad, el progreso cristiano abre su marcha triunfal sobre las ruinas del Egoísmo humano.

*Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo!* Aquí comienza una ciencia nueva, la ciencia desinteresada, en la que desaparece enteramente el egoísmo intelectual, y la inteligencia se engrandece, iluminándose con la refulgencia del Verbo. La verdad, para entrar profundamente en las almas, les pide ante todo lo que solamente el amor de Jesucristo ha podido darles, esto es la abnegación del *yo* y el total desinterés de ellas mismas. El hombre egoísta se busca más á sí mismo que no la verdad. Él hace sistemas y filosofías, en el centro de las cuales se coloca el *yo*, y dice : Hé aquí mi sistema; ya no saldré de él. Por el contrario, el hombre desinteresado, el hombre cuyo egoísmo fué vencido por el amor, obtiene con su abnegación la pasión generosa de la verdad amada por ella misma. Siempre dispuesto á sacrificar su sistema á la verdad, y jamás la verdad á su sistema, recibe de la verdad que él prefiere á todo, iluminaciones tanto más vastas, cuanto tiene por ella admiraciones más francas, entusiasmos más generosos, y le profesa un culto más puro de todo Egoísmo, y más desinteresado de todo lo que no es ella misma.

*Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo!* Aquí comienza un arte nuevo; el arte generoso y liberal como el amor, el arte que no tiene toda su grandeza y todo su desarrollo sino cuando el desinterés va acompañado del talento. Cuanto más sale el artista de sí mismo, tanto más va á buscar cerca de Dios la hermosura que quiere pintar ó la armonía que quiere expresar. Y por lo mismo, ¿cuál es el momento en que llega un gran maestro á sus creaciones más sublimes? ¡Ah! aquel en que tiene la dicha de olvidarse á sí mismo. Sí, cuando sacado fuera de sí por el entusiasmo desinteresado de la verdadera belleza, tiene la fortuna de olvidarse no sea más que un minuto, entónces en aquel rápido momento en que no estaba en sí sino fuera de sí, ha visto brillar como un rayo una faz de lo infinito : entónces se ha llevado las almas cautivas de su talento á las regiones de lo ideal; encantado y encantador á la vez, él ha sido sublime, porque lo sublime es el hom-